

*Humanidades y Docencia **

Elena Martínez

Nuestra Universidad acaba de cumplir 140 años de rica existencia y se han dicho en esta ocasión tan cercana casi todas las palabras sobre ella. No me corresponde —ni podría hacerlo bien— analizar su tarea, mirar su perspectiva y augurar su futuro. Pero la nombraré muchas veces desde adentro. No en vano la he vivido, durante 38 años de servicios, de compromiso y de amor.

* * *

Toda mi vida personal y profesional ha sido un hermoso aprendizaje del dar y el recibir.

La primera lección que recuerdo es muy antigua. Yo era niña pequeña. Mi casa tenía un huerto en el que mi padre sembraba su nostalgia valenciana en limoneros, olivos y naranjos. Sin saberlo, también sembraba aromas y abejas. Y en octubre, cuando la primavera veleidosa ponía su lluvia de invierno sobre azahares y zumbidos, mi madre se levantaba muy al alba y recorría los cercos de los árboles. Buscaba el nido deshecho y el gorrioncillo nuevo al que el agua había cercenado el impulso del vuelo. Lo recogía y lo acurrucaba en su seno cálido. Cuando el pajarillo rebullía inquieto, ella volvía al árbol y lo volvía al nido. Aún recuerdo

- ° El día 6 de diciembre de 1982 la profesora Elena Martínez Chacón recibió la condecoración al Mérito “Amanda Labarca”, en el Salón de Honor de la Universidad de Chile. El discurso de agradecimiento que pronunció en ese acto encierra muy significativas y valederas reflexiones acerca de la misión académica, del espíritu de esfuerzo intelectual, del amor por la formación propia y de los demás y, en suma, del humanismo como factor de integración y meta fundamental de la existencia.

Al respecto, el Consejo Editorial y la Dirección de la Revista Chilena de Humanidades estiman que una síntesis de la alocución de la profesora Martínez corresponde, con mucha validez, a los propósitos básicos de esta publicación, por lo que se complacen en incluirla en este número, con un título propuesto por el Director.

el gesto tendido de su mano de mujer trabajadora, ancha y abierta, inventando, otra vez, el ala y el trino.

El gorrión nunca supo quién le entregó de nuevo la vida y quizás fue ése el que picoteó, después, la mejor de las naranjas brillantes. Mi madre nunca supo cuáles eran sus gorriones-hijos. Y no le importaba.

Esa fue mi primera, mi mejor lección de *DAR*.

* * *

Luego tuve que aprender a RECIBIR. No es fácil tarea. Se puede dar con los ojos cerrados, pero no se debe recibir sin responsabilidad.

Y fue Amanda Labarca quien me lo enseñó.

Yo fui alumna del Liceo de Niñas N° 4. Barrio modesto, muchas alumnas con limitaciones económicas, profesoras que creían en su quehacer. Teníamos clases todo el día, mañana y tarde, y después, horas de ensayos del coro, de grupos de teatro, de lectura en biblioteca, de tejer y coser para otros niños con menos que nosotras. Ese liceo no nos informaba: nos educaba.

Un día, mis padres recibieron una carta. La firmaban mi Directora y Amanda Labarca. Porque sí, sin haberlo pedido, me habían otorgado una beca de estudios. Hace tanto tiempo, que no sé recordar sus palabras. Pero sí su sentido. Yo recibía una ventaja, que debía devolver con responsable actitud, con más dedicación, con mejor acción. La beca era un compromiso, no un premio. Y lo que la sociedad me daba debía volver, conscientemente enriquecido, a otros que lo necesitaran en el futuro. Y me dieron un plazo generoso para retribuir esa entrega: toda mi vida.

Y esa fue mi primera, mi mejor lección de RECIBIR.

He tratado de ejercer mis dos lecciones. Y sé claramente que he recibido mucho más de lo que he dado.

Luego vino la Universidad. Así “la Universidad”, porque para nosotros, por definición, era la Universidad de Chile.

Yo elegí ser profesora. Nosotros elegíamos. Teníamos ese impulso, esa rica idea fija interior que era la vocación. Nadie pensaba en ser médico porque “se ganaba más”, ni en ser abogado para llegar a ser senador algún día... Era un “porque sí” maravillado.

Los que elegimos la docencia éramos, unos un más, otros un menos, pobres, y decidíamos ingresar a una carrera que, ya se sabe, hace en su cuna voto franciscano. Pero ¿qué importaba? Era *la* Universidad, era *la* Facultad, eran la vida y el futuro prendido en el DOCET que se llevaba en la solapa: enseña, el que lleva este signo, enseña.

La Facultad de Filosofía y Educación que nos acogió en la calle Cumming —¿alguien se acuerda?— en el más viejo de los recintos universitarios, viniéndose abajo cada día, se elevaba cada día en el hombro

generoso de sus maestros. En el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile nos enseñaron a ser hombres y mujeres con nombre y apellido. Nuestros profesores sabían quiénes éramos cada uno y —cosa rara para los estudiantes de hoy— ¡nosotros sabíamos el nombre de nuestros maestros! Eramos personas, nos daban clases como individuos, mucho, mucho antes de que vinieran a ponerse de moda los nombres importados para lo que siempre ha sido la tarea nítida del maestro.

Nosotros fuimos una generación de entreguerras. La que alrededor del 45 empezaba a terminar y la que desde entonces mismo empezó, hasta ahora, a empezar. Nos educaron para la paz, para ser los que pudieran enseñar al hombre que sólo puede construirse sobre ese cimiento intangible y perdurable. Algunos de nuestros maestros venían llegando del odio y su palabra tenía las raíces tristes, pero su voz era un hilo de plata tendido a un futuro de esperanza que éramos nosotros, los que recibíamos de ellos el testimonio para seguir y entregarlo y hacer, de veras, un mundo redondo, sin el gajo roto de nuevos Hiroshimas . . .

Como estudiantes universitarios, éramos idealistas y queríamos vivir los valores que nos eran transmitidos. Y éramos rebeldes, y díscolos, insolentes y arbitrarios, soñadores y poetas. O no habríamos sido jóvenes. Pero nunca, ninguno dejó de ser leal a su propia e íntegra autenticidad. Eso nos enseñó la Universidad en la cátedra de sus grandes hombres. Y así ha sido siempre. La diferencia reside en que, muchas veces, el alumno es mar que no resiste ser arado. Mi generación fue de tierra abierta a la semilla, porque éramos un grupo de consumistas de ideas, no de cosas. Nuestros bienes materiales eran los libros, a sabiendas de que nuestro primer destino de profesores sería un liceo pobre en un lugar que, muchas veces, no era ni siquiera recogido en la más minúscula de las letras pequeñas de los mapas.

Y allí había un liceo, o una escuela superior con primer ciclo de humanidades. Y hasta allí llegaba la voz del Instituto Pedagógico en la garganta de sus profesores, recién nacidos a la docencia. Y volvían. En enero, a las Escuelas de Temporada, a estudiar de nuevo, a rebeber el “agua fresca de la eternidad” en las “aulas - mater” universitarias. No por eso mejoraban los sueldos ni los caminos. Una compañera recorría kilómetros en un bote de remos para llegar a hacer sus clases en un liceo sureño. Otro, aprendió el lenguaje de los sordomudos y en su clase de Castellano, la poesía se transformaba en una telaraña de emociones tejida en el aire con rápidos dedos sutiles . . .

Esa Universidad que fue capaz de darnos ese porfiado empuje interior para repartir cultura es esta Universidad. Y, entonces, como ahora, la leche nutricia del saber se entregaba en silencio. Así aprendimos, también, que enseñar no es estridencia. Que investigar no es publicar folletos

incipientes. Que creer y crear es cosa gratuita porque es ciencia, es arte, es hombre. Y ni arte ni ciencia ni humanismo tienen otro precio que su intrínseco valer.

Por eso, al grupo humano que era Universidad y que nos enseñó a serlo, gracias. Y al equipo que me dijo cómo compartir en la docencia, la alegría y la lágrima, gracias. Y al gran equipo de los que fueron y son mis alumnos, gracias también, porque no se enseña si no se aprende, si no se comparte. Y no se vive, si no se *es*.

Y esa misma Facultad, con tantos nombres en su devenir, pero con vertebradura profunda e intocada en sus cambios, me acogió, siendo alumna, para iniciar en ella una carrera en la enseñanza superior. Agradezco la fe y el peldaño y el ascender lento y mesurado, sin saltos, que me dieron a recorrer, para madurar tramo a tramo.

Simultáneamente con la docencia universitaria, hice clases en un colegio. Me habían enseñado a probar por mí misma la validez de lo que iba a enseñar. Me educaron en libros, no en apuntes. Me educaron con los niños y adolescentes, no leyendo revistas sobre la juventud. Así, llegué al Liceo “Darío Salas”, la “Universidad chica”, donde aprendí en vivo la universalidad de ser profesor y la humanidad auténtica de tener alumnos.

La lección primigenia de este Liceo fue que nadie trabaja solo, ni inventa, ni crea, ni es autor de teorías, ni hace tarea grande si no es en el apoyo del grupo con que trabaja. Cada idea pequeña o filosofía grande es, en educación, producto de una raíz vieja que echa un renuevo cada vez. El “Darío Salas” nos formó en la modestia, en el saber tan viejo de que un haz de ramas no se rompe fácil y que la acción de todos con el mismo ideal al que se ha atado la vida es la verdadera magistratura.

En él, como en todos los liceos que se llamaron “experimentales”, el alumno nunca fue una cifra computable, sino un individuo que podía crecer, a su manera y en su medida.

El curso no fue nunca una masa a la que dictarle una materia, sino un conjunto de seres humanos, potencialmente capaces de ejercer su inteligencia para el milagro intransferible de comprender, recrear y madurar que es el aprendizaje.

Y allí las cosas se llamaban con su nombre, con palabras claras. Quizás, porque sus profesores hacían del verso del poeta una profesión de fe: “¡Dios me libre de inventar cosas cuando estoy cantando!”...

La Universidad de Chile me dio, además, dos grandes oportunidades de aprender, con el pretexto de ir a enseñar: la formación de profesores en Tegucigalpa, Honduras, y luego, en el Colegio Regional de Temuco. De volcán a volcán, de selva a selva, de sol a nieve, aprendí que el alumno que quiere ser profesor es, en todas partes, un soñador de futuros. Con

hermosa nervadura íntima, aceptando todos los días un desafío callado, que a otros profesionales les parece imbatible.

Y aprendí que el nombre de Chile, el del Instituto Pedagógico de nuestra Universidad, el de las Escuelas Normales, el de nuestros maestros, eran, en el trópico, liana que subía por el tronco de cada rama de la cultura y que esa acción de maestría también se había crecido en el silencio con que el docente verdadero dice su lección.

Dije antes “la sombra tutelar de Amanda Labarca”. Lo reitero: no hablé mucho con ella, no fui su discípula, ni pude ser su amiga. Pero en mi largo quehacer, su nombre precedía mis destinos. En el Liceo, en las Escuelas de Temporada, en la Facultad de Filosofía y Educación, como que yo andaba por su sendero, el que le costó batallas abrir para otros. Por último, en el Club Zonta, su presencia viva en su muerte reciente, me recibió en su sitio. Yo vine a ocupar su clasificación vacante y en su nombre fui recibida.

Zonta es una organización de servicio ajena a ideología, religión, secta o partido. Ahí Amanda Labarca marcó metas, entregó herramientas, enseñó su docencia generosa de dar. Me honra y me distingue recibir su nombre en esta medalla, porque he recibido largamente su ejemplo vibrante.

Debería decir ahora que este acto de hoy cierra el paréntesis luminoso que se abrió para mí hace tantos años.

Pero no sería verdadero, ni sería mío.

No quiero cierre ni clausura porque siento que tengo todavía mucho que hacer, entregar, devolver, compartir. Y necesito tiempo renovado para decir un gracias largo, fresco y joven, nacido en estos momentos.

Permítanme, entonces, un acto de magia recóndita. Quiero transformar esta medalla en una larga cinta azul que se llame, también, Amanda, y cortarla, aquí, con tijera inaugural de empezar obras y darles a ustedes, los que me dieron, a los que me quieren, a aquellos a quienes amo, un pedacito de cinta, un poco de medalla, algo del vivo coro que canta y no muere en el diario umbral de la Universidad universal de servir. Como gratitud entera, pero, más que nada, como una nueva, eterna y esperanzada invitación al camino.

ABSTRACT

Professor Elena Martínez relates her personal experience in the field of education to the significance which she sees in the high school and the uni-

versity as active agents in the formation of the Chilean people. Her essay emphasizes the humanistic character which should inform every level of the educational system, as the proper means to find the true way of man, oriented by the example of our great teachers.